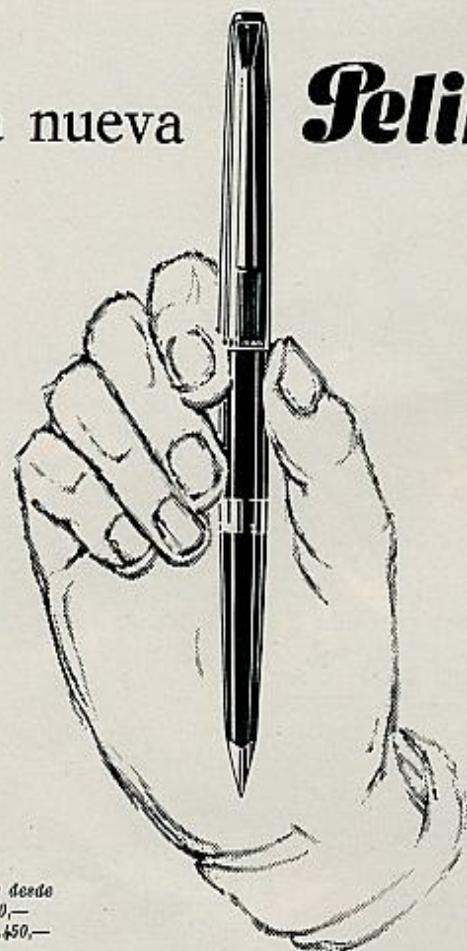


La nueva

Pelikan



Modelos desde
Ptas. 180,—
hasta 1.450,—

Escriba a gusto con la nueva estilográfica Pelikan

Actualmente utiliza Vd. con frecuencia un bolígrafo. Resulta ideal para anotaciones rápidas. Para firmar o para sus cartas personales desea Vd., sin embargo, una plumilla elástica. La plumilla que su mano necesita.

En la nueva Pelikan puede escoger entre un completo surtido de plumillas y, una vez hallada la «suya», escribirá Vd. verdaderamente a gusto. Volverá a enorgullecerse de su caligrafía personal.

El patentado regulador *thermic* —pieza maestra de un brillante conjunto— cuida de que la pluma escriba siempre en el

acto, aun después de permanecer largo rato abierta, de que la tinta fluya uniformemente y de que no se produzcan borrones.

La nueva Pelikan puede cargarse, con comodidad y limpieza, con cartuchos de tinta. Un sistema rápido y seguro. Tan seguro como toda la estilográfica Pelikan. Todos los modelos se sirven también con el acreditado mecanismo de émbolo. Lleve carga de cartucho o de émbolo, cabe siempre confiar en la estilográfica Pelikan. Haga una prueba con ella en cualquier establecimiento del ramo.

Pelikan

La nueva Pelikan
da nuevas alas a su
escritura

LMPIEZA a hablarse en todas partes de que existe una crisis en la Iglesia. Incluso se impresiona a la Jerarquía con una serie de comentarios sobre los graves peligros por el confucionismo que dicen se ha producido en nuestras filas.

Esto no pasa solamente en España, sino que en otros países se manifiesta también. Ahí está Norteamérica, donde se aprecia, en algunos, esta misma inquietud.

Se hacen artículos, conferencias y comentarios como si el ecumenismo, la libertad religiosa, o la mayoría de edad del laico fueran cosas peligrosísimas, y sus autores creen equivocadamente defender a la Iglesia. Y periódicos como «Our Sunday Visitor», de la Acción Católica norteamericana, se hacen eco de otras reacciones conformistas con la situación establecida en la Iglesia.

Pero lo curioso es que la alarma no se produce en la mayoría de los católicos, ni en el pueblo sencillo, porque en realidad solamente se inquietan los ultra-conservadores que, adheridos a sus costumbres, batallan, de buena fe sin duda, contra todo el gran cambio que supone el Concilio VATICANO II.

Sin embargo, es más el ruido que la realidad.

Solamente estos pocos dirigentes conservadores son quienes se asustan de verdad. El público católico, en general, recoge bien la renovación profunda que quisieron los Padres Conciliares.

VENGO de una provincia española en la que hablando con una religiosa de ochenta y un años me decía: «No sé por qué te llaman avanzado, pues en realidad todos los católicos tenemos que cambiar mucho. Y, ¿qué importancia tiene que haya que variar muchas cosas, si es para bien de la Iglesia?».

En las frecuentes conferencias que voy dando por España, a propósito del Concilio, públicas en general, es raro encontrarme con alguien que se alarma de esta renovación de la Iglesia. Más bien lo que ocurre es lo contrario: me interpelan para preguntarme por qué no va más de prisa la puesta al día del catolicismo.

En realidad, tendríamos que medir con mucho cuidado si son tan acertadas como dicen las ideas que se hacen del pueblo católico los que representan esta mentalidad conservadora.

Si estudiamos las encuestas sobre el tema religioso en los ambientes universitarios españoles, veríamos qué alejamiento tan grande se nota entre lo que ellos piensan y muchas anticuadas ideas de ciertos católicos. Si hablamos también con el Clero, encontramos una gran parte propicia al Concilio, sobre todo entre la juventud.

Esta crisis de que se habla, por motivos de los que un psicoanalista tendría mucho que decir, no es una crisis de desorientación, sino de crecimiento.

LO que sí ocurre es que hay bastantes que, desilusionados ante la lentitud de las reformas que pide nuestro catolicismo, se están alejando de la Iglesia, o se han salido ya de nuestra comunidad religiosa. Algunos de estos últimos conservan ciertos principios cristianos, pero otros han llegado ya al ateísmo. Los coloquios tras mis conferencias, o las cartas numerosas que suelo recibir, avalan lo que digo.

Los mismos movimientos de Apostolado Seglar —y en particular la Acción Católica y las Congregaciones Marianas— han sufrido una evolución manifiesta en estos últimos años, siendo cada vez más conscientes de la necesidad de reforma y adaptación de nuestro vivir católico.

Incluso personas nada avanzadas, pero en contacto con la universalidad del catolicismo —como conozco una bien representativa— me decía el otro día: «Si la Acción Católica propugnase un apostolado que no fuese radicalmente seglar, y quisiera coartar la iniciativa del laico, yo no sería de Acción Católica. La Acción Católica tiene que formar auténticos seglares, y no apóstoles cohibidos que siempre están esperando la última directriz y consigna de la Jerarquía».

Si en alguna ocasión, cuando hablo en público, llego a contemporizar con aquellos puntos de vista menos abiertos, en seguida me encuentro con que se me echa en cara que no es eso lo que se espera de un católico conciliar.

El escándalo, si lo hay, evidentemente no proviene de la mayoría de los católicos, sino solamente de un grupo reducido de los mismos que, generalmente, ha sido el que ha estado más cerca de la Jerarquía. Por eso esta última adquiere, a veces, una desdibujada visión de la realidad existente en nuestro país.

Creo, por eso, que llega la hora de preguntarse seriamente: ¿cuántas personas han perdido la fe por proponerles un punto de vista avanzado en la renovación de la Iglesia?

En realidad, lo que sí conozco yo —y de ello puedo dar prueba— es que ha habido bastantes que la han perdido precisamente por lo contrario: por no haber llegado a tiempo, y haber sido todos demasiado rutinarios en nuestras costumbres e ideas.

Hubiera sido preciso preparar el Concilio adelantándonos a lo que ha dicho; en vez de hacer lo contrario. Nunca he comprendido cómo se puede ser católico y excesivamente conservador.

Los elementos que hay que guardar en la Iglesia son, sin embargo, bien pocos. La mayor parte son adaptables y admiten fuerte variación.

Hace unos días releía yo un pequeño libro que me impresionó muy favorablemente cuando cayó en mis manos por primera vez, hace unos quince años. Se titulaba *L'Eglise et le Monde Moderne*, y su autor era un seglar, Jean Daujat.

En este libro dedicaba el primer capítulo a estudiar «lo esencial y lo contingente en la Iglesia». Y lo curioso es que este laico católico —que hace oficio de teólogo— es un hombre de derechas en muchas de sus concepciones; pero es un católico que, en este libro, tuvo la sinceridad de reconocer ser muchas las cosas que pueden cambiar en la estructura humana de la Iglesia. Con su lenguaje, excesivamente escolástico y bastante conservador, llega no obstante el lector imparcial a comprender —a la luz de lo que ha pasado en el Concilio, y está pasando en el catolicismo mundial— que nadie puede asustarse seriamente por los numerosos cambios que en la Iglesia se pueden producir. La historia nos enseña que siempre se han producido con toda normalidad; lo contrario nos ocurre pensarlo por falta de perspectiva de los siglos.

«Los que tienen la inquietud de la adaptación del cristianismo —dice Daujat— a las necesidades de nuestro tiempo pueden perfectamente, y sin faltar en nada a las exigencias del verdadero cristianismo, pedir a la Iglesia que opere en ella profundos cambios, tocantes a todo lo que es contingente y variable, según los tiempos y lugares».

Es más, poco después se puede leer lo siguiente: «Es imposible hacer una lista de todo lo que es contingente, y puede cambiar en la Iglesia; porque sería demasiado larga, a causa de lo amplia que es la parte humana en la Iglesia».

Sin embargo, si la idea la captó bien este pensador, sus previsiones le fallaron al profetizar equivocadamente: «No pienso que la Iglesia autorice la celebración de la Misa en lengua popular». Pero al poco, añadió: «La Iglesia, sin embargo, podría hacerlo si lo juzgase oportuno; y los que lo creen deseable pueden tener este deseo y además pedir su realización».

Ojalá todos los conservadores hubiesen sido como éste.

P IENSO que quienes mejor han aceptado el Concilio, y lo quieren llevar a cabo con mayor acierto, son las personas espontáneas, como monseñor Hélder Câmara, arzobispo de Recife (Brasil). La lectura de cualquiera de sus conferencias al finalizar el Concilio son un gran tranquilizante.

Este amigo personal de Pablo VI plantea los más «escandalosos» temas sin dar ejemplo de esa agitación que algunos piensan debe ser la característica de los hombres avanzados como él.

En cambio, esos hombres indigestos de bizantinas discusiones escolásticas, de catálogos de condenaciones y de barreras intelectuales, si que son los menos propicios para comprender de verdad lo que está pasando en el catolicismo. Estos son los únicos que se alarman, y en cierta manera nos quieren falsamente alarmar a los demás.

Cuando se plantea monseñor Câmara algunos de estos claros cambios ocurridos, o por ocurrir en la Iglesia, contesta de una manera que desarma a cualquiera. Igual que hizo monseñor Pellegrino hace poco en Italia, cuando algunos intentaban echar abajo la excelente experiencia de psicoanálisis, en un monasterio benedictino, hecha por el obispo Méndez Arceo en Méjico.

A quienes —por ejemplo— se plantean unos «inexistentes» peligros por hablar demasiado libremente en la Iglesia católica, respondía: «Felices los tiempos en que hay interés público por los problemas de la Iglesia. Porque deberíamos estar angustiados si la prensa, la radio y la televisión rechazasen, por carecer de eco popular, los asuntos de la Iglesia».

Hablando de la reforma de la Curia romana propone este obispo una reforma drástica: en vez de ser un mecanismo organizativo y disciplinar, la vería él como un servicio que fuese una sensible antena, para poder captar todas las desgracias y problemas del mundo entero, que engendra la real falta de libertad de los hombres de hoy, y poder así dar orientaciones liberadoras para los hombres de hoy.

Es cierto que la Iglesia necesita una descentralización; pero «sin caer en una atomización», ni tampoco «en un cierto peligro de episcopalismo, en el sentido de una influencia exagerada de las conferencias episcopales nacionales».

Por eso habría que pensar que «si Europa ha llegado a un mercado común, puede que un día llegue también a una conferencia episcopal europea». Y de hecho así se ha hablado en Roma.

Deseamos todos que de una vez se superen esas reuniones formalistas, y excesivamente protocolarias, como las que se tienen a veces entre obispos, o entre seglares dedicados al apostolado. El ejemplo de las reuniones que había en Roma entre muchos obispos americanos de manera espontánea y poco formal es lo que pide monseñor Helder Câmara para el futuro. Un clima de hermandad es necesario no sólo entre obispos, sino entre obispos, clérigos y seglares.

Estamos hablando siempre de los sucesores de los apóstoles —que son los obispos—; pero, ¿quiénes son los sucesores de los profetas y de los doctores de que habla el Nuevo Testamento? Porque si existe celosamente guardaba esa sucesión apostólica, ¿por qué no hemos de descubrir y respe-

LA CRISIS DE LOS CATOLICOS

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

tar más a los sucesores de esos hombres que no encajaban —ni encajan— fácilmente en las estructuras rutinarias o anquilosadas que pretenden defender a toda costa algunos?

Hay muchas cosas que el Concilio no ha podido decir; pero las tendremos que decir nosotros. Nuestra obligación es ir «más allá de los textos conciliares».

Lo que los católicos necesitamos es un revulsivo, y no paños calientes.

El día que dirigentes y fieles estemos dispuestos a ello; ese día será cuando la Iglesia dé un testimonio perfecto de ser divina. Si no, nuestras imperfecciones velarán la figura de Cristo en ella.

PARA América latina propone este obispo que la Jerarquía «en el caso de disponer de tierras... trate de deshacerse de ellas, en beneficio de una promoción humana y social». Y que preste su apoyo moral a un movimiento de acción no-violenta, que estimule la lucha contra la debilidad de aquellos capitalistas «que se encuentran todavía en la Edad Media, y adoptan condiciones propias de un colonialismo interno».

Y en el mundo entero deben ser ellos los primeros en luchar contra las injusticias sociales y políticas, y movilizar a toda la Iglesia para vencer las prestaciones sociales, la esclavitud psicológica de los hombres, la violencia, el hambre infrahumana, o la falta de una vivienda digna.

Para ello es cada vez más imprescindible que todos los poderes espirituales en el mundo se unan ecuménicamente —en vez de limitar la libertad religiosa— para conseguir mayor justicia. Entonces «la masa comunista quedará encantada el día en que llegue a conocer que no tiene por qué negar a Dios, ni la vida eterna, para amar a los hombres y luchar en favor de la justicia sobre la tierra. La masa comunista mirará la religión con atención y simpatía, cuando la vea resuelta a no encubrir injusticias absurdas, cometidas en nombre del derecho de propiedad y de la iniciativa privada» (monseñor Câmara).

EXISTE crisis en el catolicismo, sí. Pero no una crisis demoleadora y angustiada, como piensan algunos rutinarios. Sino una crisis de adaptación al mensaje puro del Evangelio, estimulada por el Concilio, sin reservas ni temores; porque el verdadero creyente confía en la fuerza de la verdad y del amor, y no necesita protegerse con barreras legales ni con miedos interiores para seguir adelante.

La única crisis angustiada podrá ser la de quienes les cuesta trabajo aceptar ningún cambio, por excesivo arraigo a sus costumbres y a sus ideas. Porque los que están dispuestos a la renovación —que son más de los que se piensa— se alegran cuando ven que los dirigentes de la Iglesia quieren de verdad esta puesta al día, no sólo con frases bonitas, sino con desprendimiento y generosidad.

Pero, ¡cuidado!: perdiendo el tiempo en discutir entre nosotros, o en ponderar peligros, no vaya a ser que lleguemos tarde, y en el fondo estemos justificando nuestra comodidad.

E. M. M.